

Martínez Pérez, Antonia

*Perspectivas y otredad del continente africano
en libros de viaje hispánicos (siglos XIV y XVI) y
en Javier Reverte*

Letras N° 57 - 58, 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Martínez Pérez, Antonia. "Perspectivas y otredad del continente africano en libros de viaje hispánicos (siglos XIV y XVI) y en Javier Reverte" [en línea]. *Letras*, 57-58 (2008). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/perspectivas-otredad-continente-africano-libros.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Perspectivas y *Otredad* del Continente africano en libros de viaje hispánicos (siglos XIV y XVI) y en Javier Reverte

Antonia MARTÍNEZ PÉREZ
Universidad de Murcia

Resumen: *A través de tres libros de viaje hispánicos, El Libro del Conocimiento, La Descripción de África de León el Africano y El sueño de África de Javier Reverte, auténticos hitos de información y divulgación de un continente casi ignoto, vislumbramos perspectivas y expresiones de “otredad” importantes de analizar. En los dos primeros, situar en este continente lo misterioso, la aventura, no era difícil y el lector podía quedar fascinado; en el tercero, esta fascinación, por el mayor conocimiento material del mismo, puede permanecer en el sueño de lo que todavía no está sometido a los cánones alienantes de la cultura occidental.*

Palabras clave: *literatura de viaje - narrativa medieval - perspectivismo literario - literatura comparada.*

Abstract: *Through three Hispanic travel books, El libro del conocimiento, La Descripción de África by León el Africano and El sueño de África by Javier Reverte, authentic information and divulgation milestones from an almost unknown continent, we can glimpse other perspectives and expressions of “otherness” which are relevant for our analysis. In the first two books, to place in this continent mystery and adventure was not difficult and it could fascinate the reader; in the third one, this fascination, because of the greater knowledge of the material itself, can remain in the dream of what is still not under the alienating canons of Occidental culture.*

Key-words: *travel literature - medieval narrative - literary perspectivism - comparative literature.*

1

Javier Reverte consigue con su *bestseller El Sueño de África* (2003) acercarnos de forma un tanto aventurera y de lo más divulgativa al continente africano, en la más genuina tradición de los libros de viaje: la búsqueda de lo desconocido o mayor información de lo ajeno. La desconexión del continente de la vorágine de la civilización europea permite

que esto pueda ser así. En principio, el hecho de que hasta mediados del siglo XIX no fuese explorado en su totalidad, y que sean grandes las dificultades en la actualidad para el acceso a gran parte de sus regiones, hace que se mantenga el halo mítico de continente inexplorado, aislamiento y exotismo que suscita la atención del viajero descubridor de nuevos territorios, y la percepción de una *Otredad*. Porque África ha sido a lo largo de los siglos, aun sabiendo de su existencia, el gran centro de la tierra *ignota* hasta bien entrado el siglo XIX; pero, sobre todo, y de manera desigual, según sus regiones y etapas históricas, no ha logrado alcanzar a lo largo de su historia la cota de atracción económica, política y social importante que la lanzara hacia una consolidada supremacía e independencia. En principio, la ruta de África interesó especialmente en su vertiente mediterránea, la costa fue tempranamente franqueada, pero su interior no sería plenamente explorado hasta el siglo XIX. Frente a la frecuente visita de lugares costeros emblemáticos, como el viaje casi obligado a Alejandría, el Magreb o escauceos comerciales en la ruta de las caravanas, el resto del continente permanecía cerrado. Al finalizar la Edad Media, con la apertura de las rutas marítimas, despierta un interés de exploración que, lejos de enriquecerlo, lo sumerge en su casi permanente situación de tierra explotada y colonizada, sumida en una pobreza que ha arrastrado hasta nuestro momento actual. De este modo, hacia el continente, desde los primeros libros de viaje, siempre nos ha atraído una *Otredad* que perdura, transformada pero no debilitada, hasta nuestros días, y que a lo largo de los siglos se elevaría a la categoría de mito, como nos lo hace sentir Javier Reverte:

África fue siempre un mito y, en cierta medida, continúa siéndolo. El carácter del mito ha cambiado a lo largo de los siglos pero su leyenda prosigue. Para los hombres de aquellos tiempos en los que no había mapas exactos y en los que la imaginación rellenaba los espacios vacíos de la geografía, África se dibujaba como un territorio misterioso, repleto de selvas, ríos y lagos que habitaban fieras terribles, y en los que también vivían tribus hostiles y sanguinarias. La Naturaleza indomeñable de las selvas era el símbolo exacto del fin de la civilización y de la muerte. (2003: 20)

En plena Edad Media, Brunetto Latini (siglo XIII) decía efectivamente no existir nada más allá de las costas del norte africano. E incluso, la llegada del carácter científico de la modernidad no impidió que uno de los escritores más importantes sobre el continente, León el Africano, no incluyera en su *Descripción de África* a Egipto como parte del mismo, que afirmara la existencia del reino de Preste Juan, y que proclamara el carácter totalmente diferenciador, fuera de cualquier indicio de civilización, de parte de sus pobladores, “los de la Tierra de Negros son bestialísimos, gentes sin cabeza, ingenio ni sentido, todo lo desconocen y también viven a guisa de animales sin reglas y sin ley” (Fanjul, 1995: 83). No fue tan fácil que la imaginería medieval, asentada a través de los tiempos, desapareciera de los libros de viaje ni de las geografías más importantes. Era “otro mundo” que, sin embargo, para nosotros estaba tan sólo a unos pocos kilómetros y, a pesar de la cercanía, siempre nos parecía muy distante, como bien lo manifestara siglos más tarde nuestro singular viajero decimonónico Alí Bey (1984: 115-16):

...los habitantes de las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, [...], no obstante su vecindad, son tan extraños los unos de los otros como lo sería un francés de un chino. [...] y en la pequeña distancia de dos leguas y dos tercios, que es la más corta entre ambas orilla, encuentra la diferencia de veinte siglos.

Perspectiva de un viajero hispánico del siglo XIX, que ponía de relieve su *Otredad*, como una constante que se ha mantenido desde la Edad Media hasta nuestros días. Halo mítico que queda reflejado en los libros de viaje hispánicos que han dibujado la singladura particular del continente africano, especialmente a través de su *Otredad*. De ese *Otro Mundo* a tan sólo unos kilómetros, de un universo islámico que incluso penetró en nuestra península, del mayor o menor acercamiento e interés mostrado según los momentos colonizadores. Unas perspectivas sobre su destino, su gran andadura de tierra *ignota*, su actual pobreza y desintegración, reflejadas y modeladas a través de los siglos en el periplo de los libros de viaje, de los que evocaremos tres ejemplos, *El Libro del Conocimiento*, *La Descripción de África* y *El Sueño de África*. Obras enormemente divulgativas, representantes de tres etapas históricas distintas y emblemáticas, que, de acuerdo con las connotaciones particulares del género de viaje en cada uno de sus momentos, nos dan unas perspectivas sobre el continente y la visión de su *Otredad* distinta y enriquecedora.

2

Durante la etapa medieval el acceso al continente africano no fue muy diferente al de otros continentes por explorar: la del viajero descubridor de nuevos territorios, de embajador, de transmisor de intereses pastorales, comerciales, políticos (viajes de peregrinos, comerciantes, misioneros, embajadores, guerreros). En este sentido la sucesiva exploración del continente va en sintonía con los viajes que en ese momento se emprendían. Las peregrinaciones hacia los Santos Lugares, las misiones religiosas y las embajadas nos proporcionaban ciertas informaciones sobre el continente y, ante todo, el de la percepción de su alteridad, con la posibilidad de situar los *mirabilia* más extraordinarios e incluso afirmar haberlos encontrado y entrado en contacto con lo sobrenatural, el Paraíso Terrenal, el Reino de Preste Juan, la maravillosa India de las especias, todo se podía encontrar. Los primeros viajeros europeos dirigían su itinerario hacia Oriente, y la ruta de África era menos concurrida, excepto el viaje casi obligado a Alejandría. Es muy frecuente, pues, encontrar en los Libros de viaje hispánicos de esta etapa medieval la descripción de Alejandría y otras tierras de Egipto e incluso tangencialmente algunas otras de la costa africana en sus recorridos hacia Oriente. Por cercanía, intereses políticos, comerciales, este hecho se ha mantenido a lo largo del tiempo¹. Recordemos que, por razones de vecindad, nuestro interés y curiosidad por las costas africanas se ha man-

¹Es interesante, en cuanto que muestra esta tendencia, la elección de Enrique García de Herreros, presidente de la Sociedad Arqueológica de Alejandría y chambelán del rey de España, que publicó su conferencia sobre “Quatre voyageurs espagnols à Alexandrie d’Égypte. Benjamín de Tudela (1166-71)-Ibn Goubair (1183-85)-Pero Tafur (1435-39)-Ali Bey el Abbassi (Domingo Badía) (1803-07)”, (vid. Bibliografía).

tenido a lo largo de los siglos. África era y es nuestra frontera sur, el continente está tan sólo a unos pocos kilómetros. Nuestra política de exploración y colonización ha estado presente de forma constante.

En este periplo habría que colocar la información que sobre el continente africano nos ofrecen las obras de Abu-Hamid (1080-1170), Benjamín de Tudela (1166-71)-Ibn Goubair (1183-85) o Pero Tafur (1435-39). Pero sobre todo, con anterioridad a Pero Tafur, la obra medieval que, para su momento, nos ofrece la imagen más amplia de África, e incluso, como algún estudioso la ha catalogado, de mayor equidad, es sin duda alguna el *Libro del Conocimiento* (1350-1360). Relato valiosísimo que, como su propio título indica, intentaba ofrecer *el conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo, e de las señales e armas que han cada tierra e señorío por sy e de los reyes e señores que los proveen* (M. Jiménez, 1980). Nos proporciona amplia información de las tierras de África y no sólo de los lugares emblemáticos que hasta ahora se recorrían prácticamente en la ruta hacia oriente. Pues, tras una pequeña incursión en el continente africano pasando por El Cairo, Alejandría y Túnez, en una tercera salida, se desciende definitivamente al continente y se lleva a cabo su más amplia descripción. Se pasa por Bugía, Ceuta, Fez y Marruecos (confundiéndola con Túnez al describirla como la antigua Cartago). Se llega a la llamada «tierra de los negros», el África Negra, se pasa del Sahara y, dirigiéndose en línea recta hacia Oriente, en una caravana de camellos se llega hasta el Sur de Libia y Egipto (lo que en el *Libro* se llama Etiopía) y Angola (norte de Sudán).

La obra nos ofrece, pues, la mayor información sobre África a través de un libro de viaje durante la etapa medieval, hasta el punto de ser utilizada como libro de consulta en la exploración de las Islas Canarias². Como subraya su primer editor Marcos Jiménez de la Espada, es un “tratado originalísimo que, á modo de narración de viaje, pero con claridad y método resume los progresos en el conocimiento de la tierra á mediados del siglo XIV” (1980: IX). El recorrido en parte ficcional permitía abarcar todos los territorios, ríos, montañas y países aquí descritos; y proporcionar la mayor cantidad de “conocimientos posibles” que se tuviera al alcance era un fin perseguido por esta obra, que en la literatura de viajes se ha ido manteniendo. Hay una parte de historia, de información, tanto geográfica como general que perdura.

Es curioso señalar con cuánta frecuencia se ha calificado el *Libro del Conocimiento* de periplo fantástico a través de un mapa, y automáticamente vienen a la memoria las frases de J. Conrad, citadas por Javier Reverte (2003: 11), “Cuando era un niño, tenía pasión por los mapas. Miraba horas y horas... Ponía el dedo sobre el lugar y decía: cuando crezca iré allí”. Señala Reverte cómo lecturas y ensoñaciones infantiles lo dirigían irremedia-

²La obra fue elegida por Juan le Verrier y Pedro Bontier, capellán y cronista de Juan Bethencourt, para facilitar a su señor noticias sobre la costa del cabo Bojador, que éste pensaba incorporar a sus dominios por el año 1404. En esta exploración del Archipiélago se sirven de referencias cartográficas y literarias del *Libro del Conocimiento*, con pasajes del mismo reproducidos en la obra de *Le Canarien*, como han puesto de relieve sus recientes editores, p. XXXII, (vid. Bibliografía).

blemente a África, pero no sólo a él, sino que esto mismo le había sucedido a gran parte de los personajes citados en su novela, como escritores, exploradores, militares, que habían influido en él y posiblemente su obra incitaría a sus posibles lectores. Es evidente que en esta incitación al viaje y apertura hacia la curiosidad de los territorios descritos se sigue toda una tradición de los libros de viajes desde sus primeras obras. Los elementos históricos, antropológicos, culturales se unen a la propia experiencia del viaje, a la descripción de los territorios recorridos y la enriquecen. Esta forma híbrida del libro de viaje se abre desde sus inicios a otras perspectivas, desde ahí la amplitud y el polimorfismo del género. De forma continuada J. Reverte entremezcla en su obra la narración de hechos históricos —su pasado, los descubrimientos y el estado actual de África—, las andaduras de escritores y exploradores, con sus propias experiencias del viaje, con las descripciones de sus gentes, costumbres, de su situación social, política, de vivencias, como también los encontraremos en León el Africano. Ante esto, *El Libro del Conocimiento*, de una forma mucho más incipiente y siempre en su contexto histórico, ofrece elementos importantes al respecto. La descripción de cada estado va acompañada de los dibujos de sus escudos heráldicos, lo que le concede a la obra un valor incalculable, e incluso se le ha llegado a definir en términos modernos como obra de geografía política. Y, junto a noticias del momento (de mercaderes y misioneros), se plasmaba la información de la tradición geográfica. Sobre el mapa, pues, se hacía un recorrido ficcional, hecho en base a un *mapamundi*, en el que se pasa de la cartografía a la materia textual. Y al mismo tiempo, de acuerdo con las premisas de su tiempo, presentaba los *mirabilia* esperados y en él se insertaban los sueños y fantasías de la época sobre lugares exóticos. En tres de los manuscritos se ofrecen unas representaciones de las razas monstruosas que habitan estas zonas, son criaturas grotescas con una sola pierna, ojos y boca en el pecho o con cabeza de perro que remontan a Heródoto y Plinio el Viejo, conocidísimas para todos los medievalistas y propias de las tierras que representan una *Otredad*. En ellas todo es posible, allí se hallará el mítico río de Oro (un brazo del Nilo), nos hablará del reino de Preste Juan, con una excelente descripción del Paraíso Terrenal, de acuerdo con los datos que dice poseer: “dixerron me omes sabios...” (M. Jiménez, 1980: 64). Teniendo en cuenta que, según la cartografía medieval, de estos montes surgían los ríos Ganges, Tigris y Eufrates (así como el Nilo), no es tan extraño ver cómo se desplaza desde Madagascar hasta el mar de la India. Es de resaltar el mito en torno a las fuentes del Nilo, que, como ya hemos indicado, se convirtió en una constante literaria hasta su descubrimiento en el siglo XIX, y que Javier Reverte desarrolla ampliamente.

Una cuestión importante de la obra, en lo que coincidiría con el libro de Javier Reverte y le daría un cierto tono de modernidad, es su *equidad*. Junto a la novedad y exactitud de datos geográficos en torno al continente, hasta ahora no divulgados, es el tratamiento ecuánime que manifiesta en cuanto a sus pobladores y costumbres, lo que hará que se sitúe entre las primeras obras hispánicas de importancia sobre África. El reconocimiento de su *Otredad* será positiva, no discriminativa. De modo que es de destacar la misma

concepción de sus tierras y habitantes, que con tanta frecuencia habían sido presentados diferentes sin las costumbres o el razonamiento de los europeos. Señala López-Ocón cómo Iliazd quedó fascinado por la obra, por otras razones como “la modernidad y el liberalismo de su autor”, y cita, a este respecto, las afirmaciones que hace en un estudio introductorio:

A la luz del pasado el saber del fraile mendicante es admirable y la virtud de sus escritos los actualiza. No predica conquista ni conversión de las tierras de África que pobladas de sarracenos o idólatras son muy ricas y abundan de todos los bienes, personificadas por reyes iguales en nobleza a los reyes de Europa y Asia. En cuanto a los negros son gentes de buen entendimiento y de buen seso (2001: 6).

Es importante para valorar esta actitud recordar que, dos siglos más tarde, León el Africano hablaba de las costumbres de los negros como gentes que actuaban como los animales sin reglas ni razonamiento y de su más baja condición; y que, en la actualidad Javier Reverte señala como mal endémico de África, entre otros, el afán desmedido de colonización y explotación de un país siempre tratado con inferioridad por su *Otredad*. De ahí la Modernidad de la obra, su tolerancia y respeto, por los que Iliazd habría catalogado la obra como “*Libro del conocimiento y de la equidad*” (López-Ocón, 2001: 6).

3

La *Otredad* negativa tal vez pudo influir en que una obra tan importante como la *Descripción de África* de León el Africano de la incipiente modernidad, todavía siguiese colocando a Egipto fuera de África. Para Fanjul, la razón residiría, además de en la escasez de información geográfica, en la consideración de que tan insigne civilización no es propia de este continente, poniendo de manifiesto la constante de una cierta corriente de valoración despectiva hacia el mismo:

Junto a ese discutido carácter africano otra nota es constante desde la Antigüedad hasta nuestros días: la alta estima de su historia, del prestigio ganado como fuente de la civilización mediterránea, empezando por la griega. Exotismo, admiración y sorpresa se dan cita para configurar un modelo de contraste, de referencia a contrario, útil para criticar los propios defectos, o un arquetipo utópico fuera del tiempo (...). Para los europeos ese Egipto ideal será –es todavía– el verdadero, pasando de puntillas como si se tratara de un mal sueño, sobre el país presente, de ahora o de los tiempos de León. En esta imagen abstracta predomina la tendencia inconsciente de no relacionar Egipto con África, precisamente por constituir su noción la antítesis de los prejuicios corrientes sobre el mundo africano (1995: 37).

Del período medieval todavía perdura, excepto las tierras muy cercanas a la costa, una ubicación un tanto confusa. Falta información y reina un cierto caos en cuestiones como la identificación de Etiopía, o las Etiopías, una en África oriental y el sur de Asia, lo que

facilitó el traslado de la maravillas, el exotismo, las riquezas inauditas, los seres monstruosos, etc., de uno a otro continente. Igualmente hay que tener en cuenta la no consideración de Egipto como un país africano, como lo hace el mismo León, y la identificación del Nilo, que se confunde con el río Niger, como se da en Ibn Battuta y también en Pero Tafur (Fanjul, 1995: 36). Ciertamente la percepción de África irá transformándose en la medida en que se van efectuando las expediciones de la Modernidad, pero aun así quedan vestigios de la ficción medieval. Recordemos la misma motivación primordial que impulsó el viaje hacia este continente, la búsqueda del paraíso en la tierra, pues cada vez se hizo más evidente la inutilidad de seguir en los confines mongoles la búsqueda de paraísos terrenales como el de Preste Juan; y el cartógrafo genovés Angelino Dulcert sitúa por primera vez su lejano reino hacia el sur de Egipto (Mollat, 1990: 35). El continente africano estaba ahí. En torno a él circulan antiguos y nuevos enigmas que se quieren descifrar. Los de las fuentes del Nilo, heredados desde la Antigüedad y no resueltos hasta una época muy reciente —siglo XIX, ya hemos indicado su relato por Javier Reverte—, han sido los que más ríos de tinta han hecho circular. Se trataba de conocer su procedencia, debía de ser Etiopía, pero este nombre designaba una región lejana, por Asia, que era tenida por una de las Indias, teniendo en cuenta que ambos continentes se consideraban por entonces unidos. A partir del 1400 se suceden varias tentativas para intentar alcanzar esta legendaria región de la que no se sabe nada, excepto una impresión un tanto desconcertante remitida por los monjes abisinios que peregrinan hacia Jerusalén. Es curioso recordar que todavía en la primera mitad del siglo XV, el duque Jean de Berry, el rey de Aragón, Alfonso V y la corte de Roma enviaron embajadas al Preste Juan, para recibir información de su reino (Mollat, 1990: 36). Pietro Ranzano en el 1450 fue testigo del relato de una asombrosa aventura que llevó a cabo un extraño personaje, Pietro Rambulo, un aventurero siciliano que consigue hacia el 1400 entrar en el Reino de Negus por primera vez, se casó y vivió en él, hasta que, como embajador de su nuevo amo, iría a Nápoles donde relataría su aventura. Afirmaba Rambulo que su rey era descendiente de la reina de Saba y que el país había sido evangelizado por el apóstol Tomás. En 1447, el genovés Antonio Malfante, desde Argel, trató de atravesar el Sáhara, pero fracasó. Entre 1460 y 1480, varios viajeros anónimos enriquecen un tanto el oscuro conocimiento que se tiene de Abisinia: el geógrafo Fray Mauro, en su célebre mapamundi, recoge esta información; en 1474 Sixto IV crea en Roma un Colegio Etíope. En 1482, y después, en 1484, Battista d'Imola viaja desde Egipto hasta el corazón del Amhara (Arari). Los portugueses se emplean a fondo en esta aventura, el rey Juan II sueña con llegar al famoso imperio de Preste Juan por tierra, cruzando el continente africano o por mar. En 1485, y luego en 1489, dos expediciones frustradas. Entre 1520 y 1526 Francisco Álvarez lleva a cabo una última tentativa y, maravillado por la opulencia de la corte del soberano de Etiopía (Negus), donde fue recibido fastuosamente, trae a su vuelta la descripción auténtica del “Imperio de Preste Juan”, con la que en 1588 Livio Sanuto registra el primer atlas de África.

Ante esto no es pues de extrañar que una obra como la de León el Africano, considerado incluso, como lo denomina Z. Oumelbanine, el Cristóbal Colón de África (A. Bouba, 2006: 1007), siga en cierto modo la imaginaria medieval en cuanto a la *Otredad*, porque en otros aspectos sus aportaciones en el conocimiento de este continente fueron importantísimas y la trayectoria posterior de su *Descripción* muy notable, convirtiéndose desde 1529, en un documento básico para geógrafos y cartógrafos; y, todavía hoy, interesa por la autenticidad de ciertas informaciones ofrecidas por León y por la precisión de sus valoraciones. La *Descripción* fue introducida pronto en los estudios europeos y consultada en la mayor parte de las geografías de África. Y, aunque no exenta de ciertos errores, aporta una información inestimable. Nos da noticia sobre el fascinante recorrido por los lejanos reinos africanos entre el Níger y el Nilo, la misteriosa ciudad de Tombuctú, etc., hasta el momento poco conocidos. Situar por lo tanto Egipto, como la parte oriental del Nilo, fuera del continente, responde más a una tradición que a un desconocimiento:

...la parte que cae fuera del Estrecho de la Arabia Feliz no está considerada como una parte del África, por muchas razones que en largos tratados se detallan. Los latinos la llaman Etiopía y de ella vienen ciertos frailes con sus caras marcadas a fuego y se ven por todas partes de la Europa, especialmente en Roma. Ese país lo señorea un jefe a modo de emperador al que los italianos dicen el Preste Juan. La parte mayor de tal región está habitada por cristianos, aunque un Señor musulmán es dueño de grandes posesiones (Fanjul, 1995: 62).

Como anteriormente hemos señalado, esta exclusión, entre otras razones, tal y como lo afirma Fanjul (1995: 37), residía en la consideración de que una civilización de prestigio como la egipcia difícilmente se ubicaba en el continente africano. Precisamente Egipto constituye la antítesis, según este autor, de los prejuicios que los europeos suelen tener sobre el continente, y considera que tal vez por ello León es poco utilizado por los geógrafos *modernos*, puesto que él sí habla extensamente sobre el país y sus gentes, pese al error de no considerarlo como parte del continente.

Recorrería lugares como Tombuctú, una de las metrópolis comerciales más importantes de la historia, después se dirigiría hacia Yenné, Malli y Walata. En el inicio de uno de sus viajes cruzó el Atlas, pasando por Segelmesse y Numidia, hacia la llanura del Sahara. Destacaría la ciudad de Sefrú, de Ham Lisnan, la aldea de «Los Cien Pozos», Um Yunaiba, la montaña de Mestasa, los montes del Zif, Tabelbala, Warzazat, los oasis de Tuat y del Ghurara, Teghaza, etc. Pasaría por Gao, Agades y Cano. Sin embargo hay una serie de países africanos que asegura haber visitado y que probablemente no sea cierto pues, como afirma Fanjul (1995: 40), sus descripciones de Guber, Guacara, Zanfara, etc., están demasiado alejadas de la realidad. Atravesó el Burnú a lo largo de la margen septentrional del lago Tchad y se le recibe en la corte del rey de Gaoga.

Es curioso que su discípulo Luis de Mármol Carvajal en un remedo de su obra, su también *Descripción General de África*, sí sitúe Egipto dentro del continente africano. Incluye la

alta Etiopía y, lo más importante, la totalidad del territorio egipcio en el continente africano, que ya habíamos señalado como excluido en la obra de León. Y de igual modo, sin embargo, en Luis del Mármol también aparece esa descripción de territorios fabulosos donde pueden ocurrir hechos extraordinarios vinculados con la tierra de los negros, el África negra o Etiopía. Sigue en esto la tradición que vinculaba el calor de esta zona, sus altas temperaturas, con una tierra en ebullición continua en la que no se podía dar más que seres monstruosos. Tanto en León el Africano como en Luis de Mármol se enumeran quince reinos negros que en ambos autores son: Gualata, o Ganata, Guinea o Genii, o Geneúa, Meli, Tombutho o Iza, Gaoga, Guber, Agades, Cano, Casena, Perzegzeg, Zanfara, Guangara, Burno, Gaoga y Neúba. Lo curioso es que en ambos autores se describen estos reinos con las mismas expresiones, idéntico estilo. La presentación de sus habitantes negros, las consideraciones particulares, los juicios de valor que se emiten sobre sus costumbres, formas de vida, su aspecto físico. Incluso como Juan León, Luis del Mármol sigue identificando la tierra de los Negros como lugar de monstruos, no se modifica pues la concepción del África Negra (A. Bouba, 2006: 165-166). Las obras de León y del Mármol, con una más abundante y exacta información geográfica, sin embargo todavía mantienen parte de las concepciones de tierras imaginarias y divisiones imprecisas que invitan a determinados *mirabilia*.

4

El enorme impulso explorador del siglo y el deterioro político y económico del mismo no puede dejar de influir en un libro de viajes de finales del siglo XX. La aventura y ensoñación puede ir unida a la misma desmitificación. Pero la literatura de viajes todavía tiene la oportunidad de hacer tal recorrido en busca de esa *Otredad*, de ese sueño que anhelamos como lo intenta llevar a cabo J. Reverte a través de *El sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro*, reciente libro hispánico de viajes sobre África, es de los que más difusión “divulgativa” ha tenido. Sería pues, como el *Libro del Conocimiento* o *La Descripción de África* de León el Africano una obra enormemente divulgada que también colabora a dar a conocer partes importantes de este continente, desde una perspectiva, claro está, actual de libro de viaje. La época de los grandes exploradores ha pasado, no hay que descubrir sino viajar contemplando. Pero evidentemente nos ofrece algo más, y la descripción del paisaje se enlaza con la intrahistoria de la configuración de los países africanos, su problemática histórica de explotación, colonización y actual pobreza, junto a la belleza inmensa de su entorno.

El mismo se manifiesta como buscador del mítico viaje africano, y, en 1992 viaja desde Bruselas a Uganda, para trasladarse a las tierras Altas de Tanzania y Kenia y posteriormente a las costas del litoral del Índico y Zanzíbar. Como él mismo confiesa:

Pretendía pisar los lugares que pisaron los primeros exploradores europeos y americanos, encontrar los parajes descritos por los grandes narradores de África, ver los paisajes de la aventura africana. El objetivo era revivir cuanto había imaginado durante

años mientras leía sobre África. Y pretendía también por que aquellas regiones del “continente oscuro”, como lo llamó Stanley, habían poblado los sueños de tantos europeos, de tantos “hombres blancos”, durante casi dos siglos: saber qué es esa obsesión que llaman “el mal de África” o “la llamada de África”, una especie de patológica ansiedad por regresar al continente después de haber vivido o viajado allí; quería buscar en el África Negra el sueño de los blancos: los sueños de aventura, de posesión, de riesgo, de exploración, de avaricia; los sueños de conquista, los literarios, y también el sueño de vagar sin rumbo por las grandes sabanas (p.19).

En su obra hay una posición decidida de reconocimiento del Otro, pero previsiblemente su caracterización ha cambiado. Nuestro momento actual, marcado por el acceso y conocimiento de cualquier rincón del planeta y un sentimiento globalizado de todo lo existente, difícilmente puede entender la “otredad” como lo desconocido o maravilloso. La alteridad que implica un viaje puede encontrarse en diferencias gozosas o penosas. La atracción puede dirigirse hacia un mundo diferente de la alienante sociedad occidental, y al mismo tiempo hacia los humildes, los marginados y en cierta medida las víctimas de un mundo de explotación y de avaricia en el que se sumergió el continente cuando fue explorado por el hombre occidental.

La obra presenta pues una constante oposición entre la hermosura y la degradación del continente. Su belleza natural la hace de las más literarias. “África tiene un aura especial y la tersura de un sueño infantil. África es también literaria, quizás el más literario de todos los continentes” (p. 20). Relatará la historia del descubrimiento de las fuentes del Nilo, profusamente aludidas en la literatura de viaje anterior, como ya hemos señalado. Pero ante estos grandes mitos paisajísticos del continente, nos encontramos con la degradación de los mismos. Señala la ruptura del mito, con una cierta reivindicación ecológica, cuya profunda decepción señala el turista español que conversa con Reverte:

...no pensé que iba a encontrarme una cosa así en el Nilo. Esperaba algo más salvaje, más natural, no sé. Nunca imaginé ver hoteles con ciertas comodidades, una presa hidroeléctrica a pocos kilómetros de las fuentes [...] ante la evidencia que África no se parece a las películas de Hollywood y ante la dura realidad de que habían transcurrido más de ciento treinta años desde que Speke llegó a la boca del Nilo (2003: 78).

Pero rápidamente la realidad material de un africano que tiene que sobrevivir aparece en la boca de Abu, el guía que acompaña a Reverte en su viaje: “—Y si África no cambiara, ¿de qué creen los europeos que íbamos a vivir los africanos?” (p.78). Evidentemente la realidad económica y social de un continente de la muerte a causa de sus guerras intestinas y pobreza se impone, siendo inevitable su penetración en la literatura viajera. Reverte es consciente de esta situación y sabe que no puede omitirla en su obra. Sigue buscando el sueño, la belleza, pero la cruda realidad se impone, por ello cri-

tica la postura de Ernest Hemingway en sus *Verdes colinas de África*, cuando afirma no hablar de ella por no conocerla en profundidad, señala que “era una buena forma de eludir las realidades amargas” (p.138). Reverte busca “el lado amable de la vida, para compensar la violencia de su lado canalla” (p.138). Tan amarga reflexión se la había producido el espectáculo esperpéntico de los pigmeos, montado para satisfacer la curiosidad de ese turista mediocre que él tanto desprecia. La búsqueda de lo exótico, de lo diferente puede caer en la degradación de las representaciones ridiculizantes de los indígenas, como la danza organizada para los turistas, “monótona, esperpéntica, tragicómica y mezquina” (p.137) ¿Estaríamos ante esa gente bestialísima de los negros de la que despreciativamente hablaba León el africano, fomentando esa irracionalidad? La búsqueda insustancial de la “otredad”, puede convertirse en un espectáculo degradante, desmitificador, como éste de los pigmeos que venden droga y piden cigarrillos o dinero, ofreciendo, con unos harapos esperpénticos y danzas ridículas, “el más sórdido circo de la tierra” (p.136) a los viajeros, “aquella humanidad miserable y pervertida” (p.136). Ese sentimiento sobre África está presente en la sensibilidad de lector actual, la literatura de viaje puede contactar con esta realidad. No es la única, la hay también positiva, hay que evidenciarla. Hay un respeto necesario ante la diferencia. Porque viajar se convierte en una forma particular de conocimiento, permite adentrarse en las formas profundas de la existencia, estos espectáculos tan sólo trivializan la misma. El auténtico viaje nos cambia, modifica nuestra visión del mundo y nuestra posición en él. El libro de viaje hasta ahora nos podía proporcionar más información sobre lo desconocido. Ahora puede convertir nuestras verdades absolutas en teorías relativas. Nos llena de tales experiencias que enriquece nuestra vida interior y nos produce un sentimiento de libertad.

Las obras elegidas en este periplo tienen en común el haber contado en su momento con una buena acogida y divulgación, contribuyendo a un mayor conocimiento de un continente con bastante frecuencia olvidado y apartado. Por razones diversas —bien por su condición de continente inexplorado, de pobreza, de separación del mundo occidental—, a pesar de la gran proximidad geográfica, su “otredad” ha sido y es evidente por las mismas razones geográficas, históricas y sociales del mismo. En cierta medida constituye un atractivo importante para la literatura de viajes, el halo mítico permanece, el sentimiento de ir hacia unas tierras en las que determinados sucesos imprevistos, pueden acaecer, aunque en demasiadas ocasiones estén vinculados al peligro, a la pobreza o a una sociedad desvinculada de la alienación occidental. Porque el continente como es presentado por Reverte insta también a la huida de la civilización y ese encuentro consigo mismo, como balón de oxígeno, como sueño de libertad, de espacios libres que propicia el país africano a los que ya no hay que descubrir sino viajar contemplando.

El Libro del conocimiento o la *Descripción de África* constituían hitos de información sobre un continente casi ignoto, situar en él lo misterioso, la aventura, no era difícil, el lector podía quedar fascinado. Fascinación que no está ausente en *El Sueño de África*. El mayor conocimiento material del mismo es sustituido por la actualización y la renovación que

se produce en esta descripción “viajera”. El viaje como aventura puede permanecer como exploración de lo que todavía no está sometido a los cánones alienantes de la cultura occidental, y en el África Negra se puede buscar, como lo hace Reverte, “el sueño de los blancos: los sueños de aventura, de posesión, de riesgo, de exploración, de avaricia; los sueños de conquista, los literarios, y también el sueño de vagar sin rumbo por las grandes sabanas” (p.19).

La gran acogida de su obra confirma esta fascinación por África al mismo tiempo que, casi nos atreveríamos a decir, con estos éxitos editoriales, la literatura de viaje y África como tema se pone un poco más de moda, y se produce, como efecto dominó, una mayor demanda por parte de los lectores de este género, que se mantiene con una vitalidad renovada en nuestros días. Tal vez con esta importante trayectoria se refuerce más la base y la importancia literaria de la literatura de viaje, con tanta frecuencia cuestionada.

Bibliografía

- BEY, A., 1984, *Viajes por Marruecos*, Madrid: Editora de Salvador Barberá.
- BOUBA KIDAKOU, A., 2006, *África negra en los libros de viajes españoles de los siglos XVI y XVII*, Tesis Doctoral dirigida por Nieves Baranda Leturio, Madrid: UNED.
- FANJUL, S., 1995, *Descripción General del África y de las cosas peregrinas que allí hay por Juan León Africano*, Granada: Sierra nevada '95 - El Legado Andalusi-Lundewerg.
- GARCÍA DE HERREROS, E., 1923, “Quatre voyageurs espagnols à Alexandrie d’Egypte. Benjamín de Tudela (1166-71)-Ibn Goubair (1183-85)-Pero Tafur (1435-39)-Ali Bey el Abbassi (Domingo Badía) (1803-07)”, Alejandría: Société Archéologique d’Alexandrie.
- Le Canarien. Manuscritos, transcripción y traducción* de Berta Pico, Eduardo Aznar y Dolores Corbella, 2003, Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.
- Libro del conocimiento de todos los reinos y tierras y señoríos que son por el mundo, escrito por un franciscano español a mediados del siglo XIV*, estudio, edición y notas por Marcos Jimenez de la Espada, 1877, (reed. con prólogo de F. López Estrada, Barcelona: El Albir, 1980).
- Libro del conocimiento de todos los reynos et tierras et señoríos que son por el mundo, et de las señales et armas que ban*, 1999. Edición facsimil de M^a Jesús Lacarra, Carmen Lacarra Ducay y Alberto Montaner, Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.
- LÓPEZ ESTRADA, F., 2003, *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Madrid: Laberinto.
- LÓPEZ-OCÓN, L., 2001, “Jiménez de la Espada y Picasso: De cómo un naturalista y un artista editaron e ilustraron un libro de viajes medieval por las Canarias y el continente africano”, *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol.VI, n^o 328, Universidad de Barcelona.
- MOLLAT, M., 1990 (1^a edición en francés 1984), *Los exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, México: FCE.
- REVERTE, J., 2003 (reed. de la 1^a ed. de 1996), *El Sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro*, Madrid: Alianza Editorial.